

Viena revisitada, septiembre de 2019

VIENA

Acabo de regresar de Viena, de la que dicen es una de las mejores ciudades para vivir, cuyo centro histórico ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad en el año 2001. Añádase que desde el siglo XVI ha sido universalmente reconocida como la “capital musical de Europa”. Pareciera que últimamente estuviera de moda. Y aunque no encontré cambios esenciales en relación



con mi visita anterior de hace unos cinco años (ver Viena, noviembre de 2014), quiero dejar claro que me mereció la pena volver. No hace falta moverse mucho para darse cuenta de que la ciudad está creciendo y lo hace con destellos tan interesantes como desafiantes, como es el caso, por poner un ejemplo, de los balcones flotantes de la casa cuya imagen adjuntamos. Sigue siendo una ciudad segura. Sorprendentemente, en algunos sitios todavía permiten fumar. En general la vida está más cara que en España, transporte incluido (un viaje en metro cuesta 2,40 euros, si bien hay pases de 24 horas por 8 euros, que en algunos casos pueden merecer la pena). Los taxistas bien, aunque tuve la sensación de que muchas veces pareciese que no supieran donde se encuentra el destino que se les indica. Prácticamente no hay disponible información en español, en este sentido nada ha cambiado desde mi estancia anterior. En esta ocasión aproveché para visitar lugares a los que aún no había tenido tiempo de acudir y reforcé el recuerdo de otros que sí ya había visitado. Entre los primeros destaco el Museo Belvedere, situado en el Oberes Belvedere (alto Belvedere), donde se encuentra la mayor colección mundial del pintor Gustav Klimt, y así, de paso, tuve la oportunidad de volver a caminar bajo el sol de un día hermoso por los jardines del palacio. Belvedere significa “vista hermosa”, lo que evidentemente concuerda con la panorámica que ofrece el mencionado jardín, barroco, que une el palacio superior y el inferior, desde el cual gracias a su leve declive es posible





contemplar amplias vistas de Viena. En el Museo Belvedere, aparte del citado Klimt, te encontrarás con trabajos, entre otros, de Rueland Frueauf el viejo, Franz Xaver Messerschmidt, Ferdinand Georg Waldmüller, Erika Giovanna Klien, Egon Schiele, Helene Funke y Oskar Kokoschka. La primera planta del Museo constituye el Santo Grial para los amantes de Klimt, del que traemos aquí una de sus obras más



famosas, *El beso*. Del individualista y subversivo Egon Schiele, traemos la foto de su cuadro *Pareja de amantes*.

Aproveché para darme un paseo por el Prater, visitado por mí hace ya muchos años, el laberíntico parque del centro de Viena y, por supuesto, me volví a encontrar con la icónica y gigante noria de 1897, la Riesenrad, sin lugar a dudas la atracción más sobresaliente y que se mantiene tal y como era cuando Orson Welles filmó *El tercer hombre*.

Y aunque ya había estado, no me hubiera perdonado no volver a visitar la Biblioteca Nacional, una de las más bonitas del mundo. Con mucho, lo más destacado es su Sala



Imperial (Prunksaal), un majestuoso salón barroco, con un fresco de Daniel Gran. Este lugar acoge en sus estanterías de madera de castaño unos 200.000 libros impresos entre los años 1500 y 1850, encuadernados en cuero. En conjunto la Biblioteca Nacional Austriaca tiene más de ocho

millones de libros y otros objetos que se exponen, además de en la biblioteca, en el Museo

del Papiro y el Museo del Globo Terráqueo, lo que la convierten en una de las más importantes del mundo.



Entre en algunas iglesias, catedral incluida. De esta visita voy a destacar la iglesia de san Carlos Borromeo (Karlskirche), una de las más bellas obras del barroco en Austria, si bien, en realidad, combina diferentes estilos arquitectónicos: fachada central de estilo griego, columnas exteriores de inspiración romana y decoración interior barroca.

En Austria no te encontrarás con la excelencia y la variedad de la cocina española pero se come bien en muchos sitios. Lo típico: Viennese Shnitzel o las salchichas. En esta ocasión comí bien, por ejemplo, en el restaurante Zum Leupold.

Esta capital, la que vio reinar a la Emperatriz consorte de Austria, Isabel de Baviera, más conocida como Sisi, tiene un trazado muy cómodo de recorrer, por lo que lo ideal es callejear y así llegar a conocer sus monumentos de obligada visita y, para los interesados, sus excelentes tiendas de moda y diseño. Algo de eso fue lo que hice yo pero el tiempo no me dio para más. Si tal sensación se apoderó de mí es porque, quizás, Viena es una ciudad que te reclama que vuelvas. También, estoy seguro de que, si tú regresas, te seducirá de nuevo.